

César Pérez Gellida

Sapere Aude

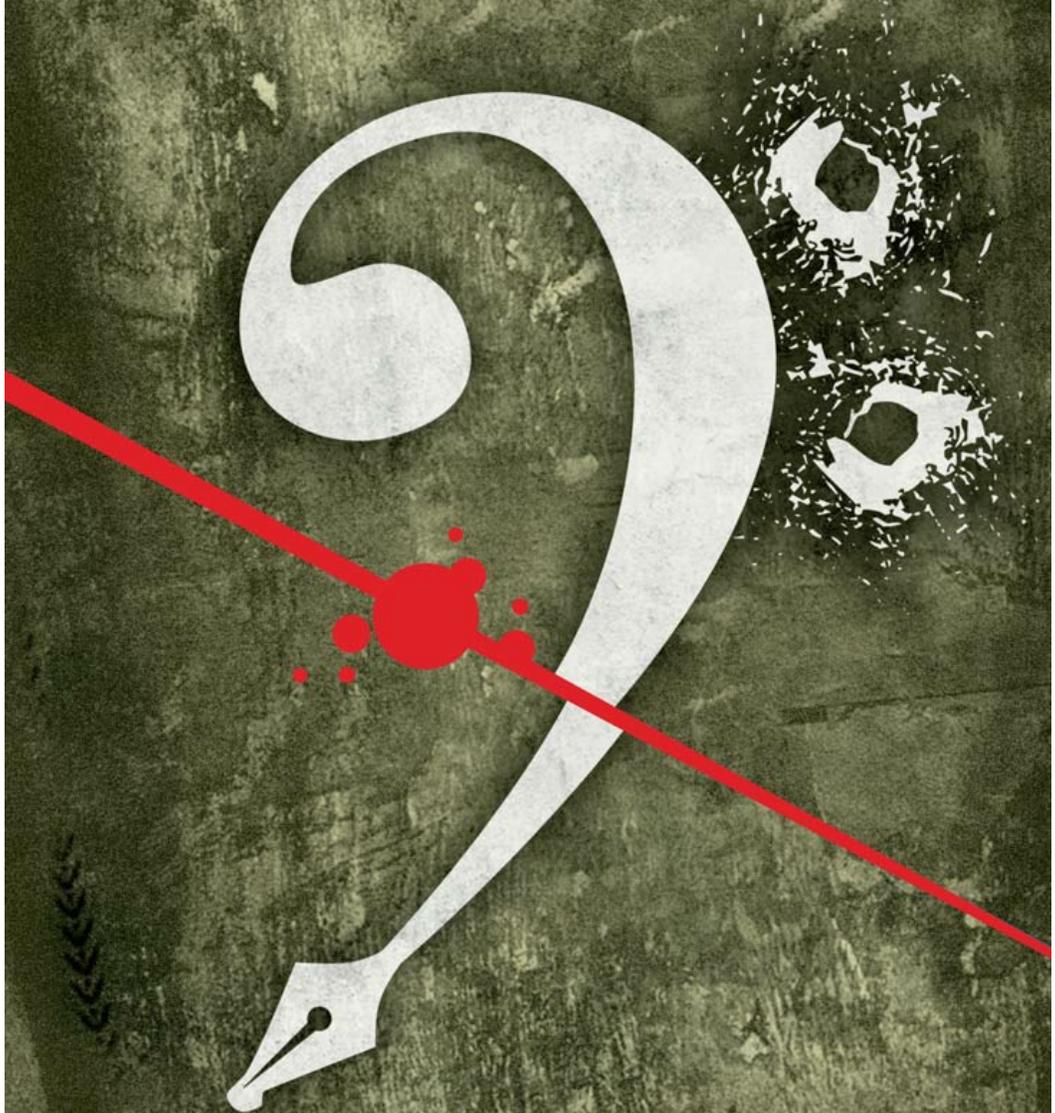


CONSPICUA

SUMA
de letras

César Pérez Gellida

Sapere Aude



CONSPICUA



César Pérez Gellida

Sapere Aude



www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Te diré mil cosas por las que llorar](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

[Notas](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

Te diré mil cosas por las que llorar

*O'Connell Street Dublín (Irlanda)
17 de mayo de 1974, a las 16:40*

Se fijó en una que tenía forma de garra de oso, o eso interpretó.

El día anterior había llovido como si toda la desdicha y el desconsuelo del planeta se hubieran concentrado en el cielo dublinés para descargar un despiadado llanto sobre sus cabezas.

Preludio de los hechos que habrían de acontecer aquella tarde.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, el día había amanecido casi despejado, lo suficiente para que su compañero de promoción de la Real Policía del Ulster, Connor Murphy, se viera empujado a interpretar el papel de guía turístico desde primera hora de la mañana.

No era el tipo de celebración de cumpleaños a la que Ólafur Olafsson estaba acostumbrado, pero sabía apreciar el esfuerzo de aquel tipo de carácter afable que, sin llegar a ser simpático, en ocasiones ofrecía una apariencia apocada siendo en esencia barbián. Un irlandés de familia protestante afincada desde hacía muchas generaciones en la capital de una nación dividida pero de mayoría católica. Un protestante y lealista en Dublín: inoportuna combinación en aquel período, justo en el acmé de un conflicto enfermizo, a punto de entrar en una fase terminal que aún se dilataría demasiados años. Años de lucha independentista y obcecación unionista; años de entierros católicos y funerales protestantes; años en los que mezclando el naranja y el verde resultaba el rojo sangre de la sangre derramada.

Una serie de golpes en el hombro hicieron regresar de las nubes a Ólafur Olafsson.

—Te decía que allí mismo era donde estaba la columna de Nelson, justo delante de la oficina central de correos —insistió Connor.

—Ya, la columna.

—Unos hijos del demonio la volaron por los aires en el sesenta y seis. Alcanzaba los cuarenta metros, ¿lo sabías?

—No. No lo sabía. Ese fue el año en el que nos instalamos en Liverpool y allí teníamos problemas más importantes de los que ocuparnos —observó en un inglés con aroma suburbial.

Soplaba viento del norte, tan frío como el abrazo de un enemigo, tan seco como su garganta. El islandés se subió los cuellos de la gabardina e introdujo las manos en los bolsillos para reanudar la marcha en dirección al río Liffey.

Carraspeó antes de hablar.

—Lo que me extraña es que el almirante haya aguantado sobre ese pedestal tanto tiempo.

—Ya no se respeta nada. Nelson es parte de la historia británica.

—Era —precisó.

—De nuestra historia más gloriosa —continuó el irlandés.

—Vuestra.

—Un inmortal.

—Los españoles demostraron que no lo era.

—¡Maldita sea, Ólafur! ¡Ya estás provocándome!

—No. Ya te he provocado.

Connor Murphy se colocó frente a él. Todavía no alcanzaba a entender el motivo por el que había estrechado tanto los lazos de amistad con aquel tipo de sonrisa poco frecuente y conversación imposible. Él se había criado en el seno de una familia muy conservadora y convivir con otros cinco hermanos le había vacunado contra casi todo y, sin embargo, tenía que reconocer que su colega sabía cómo sacarle de sus casillas.

—Puedes estar seguro de que una bomba no hará que los que le admiramos naufraguemos en el mar del olvido —certificó Connor agravando el tono.

—Eso te ha quedado muy patriótico. A la Reina Madre se le saltarían las lágrimas al gin tonic.

—Porque hablo desde el corazón.

—Y ellos también. Por eso esta guerra durará muchos años más de los que está dispuesto a aguantar Edward Heath^[1]. Ellos —remarcó Ólafur Olafsson girando trescientos sesenta grados sobre su propio eje—, no pararán hasta expulsar al último defensor de Su Graciosísima Majestad de esta isla.

—Algunos no se lo vamos a permitir. Vamos a cruzar por el puente —

anunció Connor—. Aquí hay muchos, bueno, unos cuantos —corrigió a tiempo— que no pensamos como ellos. Por el camino de las armas no van a conseguir nada, de eso puedes estar seguro. Conozco muy bien a los míos.

—Los míos, los tuyos, los nuestros... Los británicos siempre os refugiáis detrás de banderas y escudos. Llevo demasiado poco tiempo entre vosotros para asumir el servilismo a la Corona, amigo.

—Todavía no sé por qué te alistaste en la RUC.

—Ya. Yo tampoco —reconoció—. La alternativa era peor, creo. Digamos que me tocó estar de este lado; lo mismo que a ti; lo mismo que a ellos en el contrario.

—Yo elegí estar a este lado.

—Tu no elegiste antes ni eliges ahora —repuso Ólafur.

—¡Santo cielo! Ya empezamos de nuevo. ¿Me estás diciendo que estamos en manos de la santa providencia? ¿Del caprichoso azar?

—Tú no decidiste nacer en el seno de una familia protestante y leal a la monarquía británica. Tú no elegiste tener un padre policía ni un abuelo policía. Tú no alimentaste un conflicto entre dos pueblos que se remonta mucho más allá que esas generaciones. Tú no...

—¡Vale, vale, vale! —dijo levantando las palmas de las manos—. Mejor no sigas por ahí. Tengamos la fiesta en paz.

Ólafur Olafsson se apoyó en la granítica balaustrada del puente y dejó que su mirada se perdiera en dirección a la bahía siguiendo la corriente del río.

—Permíteme que te diga algo, Connor Murphy —introdujo—. Tenéis una ciudad preciosa, realmente especial, pero en este momento prefiero morir por una pinta que morir defendiendo una bandera.

—¿Te han explicado alguna vez qué significado tienen los colores de nuestra bandera? —quiso saber el irlandés.

No hubo respuesta.

—El naranja nos representa a nosotros, los protestantes, el verde a los católicos y el blanco es el símbolo de la paz entre las dos comunidades.

—Pensé que simbolizaba el color naranja que tiñe vuestro pelo, el verde que predomina en vuestros ojos y el blanco que deslucen en vuestra piel —comentó sin pretender hacer un chiste.

Connor no supo qué decir. Se limitó a imitar la postura de su colega y a asentir con la cabeza. Pasados unos segundos posó la mano en el hombro de su amigo y lo invitó a seguirle en dirección a Temple Bar.

—Me cuesta reconocer la zona a la luz del día —advirtió Ólafur.

—Porque anoche no vinimos por esta calle. Entramos desde San Patrick's y ya llevábamos unas cuantas pintas encima. Hace no mucho tiempo todo este barrio estaba bastante deprimido y era peligroso; y mira hoy, un *pub* en cada esquina. Dentro de unos años será la zona más visitada de la ciudad, puedes estar seguro de ello.

Un Austin Maxi 1800 de color azul pasó a mucha velocidad por encima de una acumulación de agua que el deficiente alcantarillado no había sido capaz de tragar. La peor parte se la llevó el tres cuartos de cuero negro que lucía Connor Murphy.

—¡Cristo Bendito! —protestó sacudiéndose el abundante pelaje que remataba la prenda en cuello y puños.

—Por lo menos no te ha arruinado tu peinado a lo Ringo Starr —mencionó Ólafur.

—No me los nombres que los tengo atravesados —dijo sacudiéndose de mala gana.

—¿Tú también eres de los que han empezado a odiar a los Beatles por las declaraciones de McCartney tras el domingo sangriento[2]?

—Los artistas viven en su mundo y solo se asoman al nuestro para señalar con el dedo. Oportunistas en busca de más seguidores. ¿Quién demonios se cree Paul McCartney para pedir que devuelvan Irlanda a los irlandeses?

—Supongo que un tipo que está en contra de la violencia, como tú —opinó el islandés.

—Y lo va a solucionar con canciones... No seas ingenuo Ólafur. Y límpiate las botas de barro o cómprate unas nuevas, que pareces un minero.

—Ya. Podría, pero prefiero gastarme esas libras en otros negocios. Como aquel de allí —señaló con el brazo hacia una fachada pintada completamente de rojo cereza.

—No. Ese no. Saldríamos a tiros. En The Temple Bar se reúne lo peor de la ciudad.

—Nacionalistas.

—Terroristas —corrigió Connor con firmeza—. El IRA Provisional planea sus masacres detrás esas barras luego de engullir cientos de Guinness y cantar *Go on home british soldiers*. No sería de extrañar que nos diéramos de bruces con McGuinness, con O'Hara o con el mismo Martin Ferris. Vamos donde Paddy, que siempre ha sido una casa decente.

—Ya. Decente. Tú mandas, amigo.

—Además, quiero presentarte a alguien y los viernes a partir de las cinco ya tiene música en directo. O por lo menos antes la tenía. Hace casi un año que no voy por ahí.

—Has dicho que quieres presentarme a alguien —mencionó.

—Tienes buen oído.

—Odio las sorpresas casi tanto como las bienvenidas.

—Se trata de Leena, ya te hablé de ella. Me gustaría que os conocierais.

A Ólafur Olafsson se le dibujó una exánime sonrisa en los labios que desapareció tras acariciarse un poblado bigote que descendía hasta tocarse con las patillas.

—Y supongo que no hay marcha atrás.

—Puedes estar seguro de ello, amigo —corroboró Connor justo antes de abrir la puerta del *pub*.

Un áspero dulzor que provenía de la cerveza derramada sobre cualquier superficie, entreverado con el olor a tabaco que dominaba la atmósfera del Kavanagh's, les abofeteó la cara. El rumor de decenas de conversaciones subidas de tono había ganado la batalla acústica a la música tradicional que escupía encolerizado un moderno transistor Philips de cuatro bandas.

Después de completar un primer escrutinio visual, Connor miró su reloj.

—No suelen ser muy puntuales —comentó—. ¿Guinness?

—Prefiero Smithwick's.

—Allí hay sitio —le indicó animándole a tomar posesión del mismo.

Ólafur Olafsson se dirigió al fondo del local siguiendo el trazado de la barra en paralelo y sorteando clientes que parecían haber pasado la noche allí. El tan imprescindible como predecible revestimiento de madera combinado con luz difusa bien repartida ofrecía al visitante esa adulterada calidez de los *pubs* irlandeses. Decoración por doquier y motivos nacionalistas moderados peleaban por encontrar su espacio en paredes y ventanas, techo y suelo, columnas y pilares; todo estratégicamente descolocado.

En el momento en que el agente de la Real Policía del Ulster consiguió llegar hasta su objetivo e hizo el ademán de agarrar una silla por el respaldo fue interrumpido por una mano que lo agarró con fuerza.

—Está reservada —escuchó a su derecha.

Tenía el rostro abuhado: tabique fracturado, cuello robusto y mandíbula ancha. Medía varios centímetros menos que él y vestía con un abrigo verde

tipo *Crombie*. Las orejas de coliflor evidenciaban que el tipo que tenía frente a él era delantero de algún equipo de rugby.

—Ya. Reservado —respondió.

Ólafur puso rodilla en tierra para examinar con calma la parte posterior del respaldo. Con el dedo índice recorrió pausadamente unas letras que alguien había marcado en la madera.

—¿Te llamas «Meryjodeteputa»? —inquirió en la misma posición.

—¿Qué coño has dicho?

El islandés se apoyó en la silla para incorporarse.

—Te he preguntado si respondes al nombre de «Meryjodeteputa», porque si no te llamas «Meryjodeteputa» esa silla no está reservada.

—¿Estás buscando problemas, muchacho? —balbuceó desconcertado.

Su aliento delató una importante ingesta ética corroborada en segunda instancia por un leve balanceo lateral. El veredicto no se hizo esperar: ese hombre había cruzado el límite de la sobriedad hacía ya unas cuantas horas.

—¡Te he preguntado si estás buscando problemas! —insistió elevando notablemente el tono.

—¡Uouououo! —intervino Connor Murphy, interponiéndose entre ambos para dejar las pintas sobre la mesa—. Vamos a tranquilizarnos que todavía falta mucho para que suene la campana.

—Si estáis buscando problemas habéis venido al sitio indicado —dijo el de las orejas de coliflor.

—Solo hemos venido a tomar unos tragos. Venga, Ray, dime qué estás bebiendo y yo me encargo de hacerle entender algunas normas de conducta a mi amigo islandés.

—Eso es. Enséñale modales a tu amiguito y dile que se ande con mucho cuidado. Y mis copas las pago yo, muchacho —añadió antes de izar las velas y poner de nuevo rumbo a la barra.

—¡Santo Cristo, Ólafur! —masculló—. De entre todos estos mandrias tenías que buscarle las vueltas a Raymond John McLoughlin, nada más y nada menos.

Su compañero se quitó la espuma de la cerveza del bigote con el dorso de la mano.

—Ese tipo ha llevado el trébol bordado en el pecho más de un millón de veces, ha jugado con los Barbarians y ha girado tres veces con los Lions. Se acaba de retirar, pero aquí lo seguimos considerando un mito, una leyenda

viva, un símbolo de nuestra patria.

—Ya. Un héroe —repitió—. Antes has hablado en plural.

El contenido de la pinta descendió varios dedos.

—¿Qué? ¿Antes? ¿Cuándo? ¿De qué demonios me estás hablando ahora?

—Cuando has ido a por las bebidas has dicho que no suelen ser muy puntuales. Y «suelen» —remarcó— es plural.

Connor elevó las cejas y las mantuvo en esa posición durante el tiempo que necesitó para procesar lo absurdo de la situación primero y claudicar después.

—Leena viene acompañada por una compañera suya del University College.

—Ya. Una cita a ciegas.

—Tranquilo hombre, que no te va a comer. Yo no la conozco, pero Leena me ha dicho que es de buena familia. Eso quiere decir que esta noche, aunque sea tu cumpleaños, no mojas —aseguró probando su Guinness.

—¿Tienes un cigarro?

—No fumo, ya lo sabes. Pero..., ¿es posible?

La carcajada de Connor Murphy sobrepasó los decibelios ambientales llamando la atención de quienes ocupaban las mesas aledañas.

—¿Es posible que no te inmutes delante de un tipo que podría haberte partido todos los huesos del cuerpo y que te pongas a temblar ante la posibilidad de conocer a una mujer?

—Las mujeres son mucho más peligrosas, te parten el alma —sentenció.

—Mira, esta vez no te voy a quitar la razón. ¡Salud, amigo!

El sonido del vidrio se solapó con la voz de Leena.

—¿Ya lo estáis celebrando?

Connor se incorporó torpemente para besar en los labios a la recién llegada. Mientras ella le presentaba a su amiga, Ólafur se detuvo en sus facciones delicadas antes de lanzarse al vacío de sus curvas pronunciadas.

—Bueno —retomó Connor frotándose las manos—, pues este es mi amigo y compañero, Ólafur Olafsson, de quien tanto te he hablado. Ella es mi novia Leena y esa preciosidad que tiene a su lado es su amiga Mary.

La cándida sonrisa que conformaban unos labios muy finos le hizo descartar de inmediato que aquella rubia de pelo liso sobre los hombros fuera la misma persona inmortalizada en el respaldo de la conflictiva silla. Aún así, no pudo evitar exudar inquietud cuando rozó con las patillas sus tersas y pálidas mejillas. Tras repetir el ritual con Leena se retiró a la seguridad de sus

cuarteles de invierno levantados en el fondo de la pinta.

—Así que este es el famoso islandés, el número dos de la promoción más brillante que ha dado la célebre Real Policía del Ulster —introdujo Leena bajando la voz.

—El mismo. El número uno fue el sobrino del comisario general de Loughgall. Aquí el vikingo lo superó en todo, bueno, en todo menos en el árbol genealógico.

—Y ya veo que beber tampoco se le da mal —observó ella con cierta malicia.

—Diría que es su mayor virtud —bromeó Connor Murphy—, pero te prometo que jamás lo he visto borracho.

El sonido de una flauta travesera irlandesa precedió al del violín y el acordeón. La aparición en escena del bodhrán animó a los presentes a seguir el ritmo con las palmas y los pies golpeando la sufrida tarima del Kavanagh's.

—Y bien..., ¿qué desean tomar las señoritas? —inquirió Connor.

—Guinness.

—Esta ronda es mía —se adelantó Ólafur—. El trayecto más corto le llevó a pedir junto a Ray McLoughlin, que se encontraba de espaldas charlando de forma efusiva con otro tipo de grandes proporciones. El policía no quiso dejar pasar la oportunidad y le tocó el hombro. El mito, la leyenda viva, el símbolo de la patria tardó en girarse y más aún en enfocar. Luego crispó los músculos de la cara haciendo que las aletas de la nariz se convirtieran en el rasgo dominante de un semblante marcadamente hostil.

—Señor, lamento haberme comportado así con anterioridad —se disculpó ofreciéndole la mano.

Al exjugador de rugby que había lucido el quince del trébol más de un millón de veces, jugado con los Barbarians y girado tres veces con los Lions, se le apagó la luz. Aturdido, no encontró otra salida que abrazar al muchacho que tenía delante. Luego le invitó a un licor que tenía un sabor parecido al whisky y que, según le dijo, bebían los norteamericanos.

Ólafur Olafsson supo aquel día que un abrazo sincero puede provocar tanto dolor como una verdad incómoda y que esa bebida llamada bourbon despertaba algo muy vivo que permanecía aletargado en su estómago.

Tras despedirse sin gestos ni palabras regresó a la mesa portando el espumoso botín. Leena y Connor tenían los labios ocupados, circunstancia

que aprovechó Mery para entablar conversación.

—Nos ha comentado Connor que te trasladaste a Liverpool con doce años. Yo tengo parientes allí. ¿En que parte viviste?

—En Kensington.

Ella tragó saliva antes de emitir un ruido que nunca llegaría a conformar una palabra. Luego desvió la mirada como si no hubiera formulado aquella pregunta. Leena supo leer la situación y reaccionó con celeridad.

—¿Qué planes tienes cuando llegue el momento de elegir destino? Supongo que alguien con tus calificaciones no tendrá ningún problema —se aventuró.

—Todavía no lo he pensado. No es algo que me preocupe —aseguró.

—Si no los hubieran disuelto, a mí me hubiera gustado entrar en los *B Specials*[3].

—¡Deja de decir estupideces! —le recriminó Leena—. Esos tipos eran unos auténticos bastardos de uniforme.

—¿Ya se te ha olvidado el viernes sangriento[4]? Porque ocurrió hace menos de dos años y te recuerdo que mi tía Grace sigue convaleciente.

—No, no lo he olvidado, Connor, pero lo último que necesita nuestro país son animales salvajes campando a sus anchas, como los carniceros de Shankill. ¿Habéis oído la última? —Ninguno contestó—. Ayer apareció un chico de dieciocho años torturado y degollado, igual que los anteriores. Dicen que lo secuestraron a pocos metros de su casa. Todo Belfast sabe que detrás está ese asesino de Lenny Murphy[5].

—¡Uouououo! Que yo no tengo la culpa de compartir apellido con ese tipo —dijo Connor tratando de quitarle hierro al asunto.

—Apellido no, pero principios sí. ¿O no eres defensor del unionismo como él? Todo el mundo sabe que ese malnacido pertenece a la Fuerza Voluntaria del Ulster[6], esos que están protegidos por la policía a la que tú perteneces. Deberíais sacar vuestra basura antes de hurgar en la del vecino —añadió sin levantar la voz.

Connor Murphy, que estaba con la guardia baja encajó los golpes con más dificultad que caballerosidad y, aún así, supo mantener la compostura.

—Solo bromeaba. Creo que me conoces perfectamente y que no apruebo esos métodos. Ingresé en la policía para luchar desde dentro contra toda esta violencia, venga de donde venga.

Durante unos instantes se selló un armisticio auspiciado por la música

tradicional que venía desde el lado opuesto del local.

—Hemos hablado de solicitar plaza en el grupo especial de información —comentó Connor cediendo la palabra con la mirada a su compañero.

Pero Ólafur declinó intervenir.

—Pienso que se pueden evitar muchas muertes si logramos anticiparnos a los terroristas a los que nos enfrentamos —argumentó Connor.

Leena le miró de hito en hito, como miran las madres a los niños cuando saben que algo no encaja del todo.

—La cuestión es cómo obtener esa información, ¿no crees? —planteó ella—. Hay muchas vías pero podrían resumirse en dos: respetando los derechos humanos o no respetando los derechos humanos.

—No siempre lo somos —objetó Ólafur—. Humanos —aclaró.

—¿Estás diciendo que apruebas los métodos que siguen los lealistas?

—Yo no he dicho eso, pero la respuesta es «no». Es un hecho que hay muchas personas que operan en el Ulster contra los intereses británicos, que matan, secuestran y extorsionan a inocentes para alcanzar sus objetivos. Nuestra labor consiste en localizarlos y detenerlos. La clave es saber cómo, cuándo, dónde y contra quién actuamos.

Tantas palabras resecaaron la garganta del islandés, que buscó humedecerla con lo que le quedaba de cerveza.

—*Sapere aude* —pronunció Leena.

Ólafur frunció el ceño.

—Tenía un profesor que lo repetía una y mil veces. «*Sapere aude*: atreúete a saber. Que no os asuste conocer la verdad» —repitió agravando la voz—. Me gusta tu amigo. Tiene corazón —afirmó ella—.

Connor sonrió. Mary pensó que también le gustaba su amigo, pero no precisamente su corazón.

La sacudida hizo que vibraran los cristales.

El silencio se adueñó del Kavanagh's en un fulgurante y agorero contagio. Las miradas se volvieron turbias, las sonrisas se combaron y se desbordaron los miedos.

Alguien reaccionó una milésima antes que el resto de los parroquianos que permanecían paralizados, a la expectativa.

—¡Eso ha sido una bomba! —anunció con acierto.

La curiosidad o el instinto de supervivencia empujó a los más audaces a salir a la calle. Connor Murphy se mantuvo a la espera de ver la reacción de

su compañero.

—Salgamos —dijo Ólafur al fin.

—Quedaos aquí, por favor, no os mováis —les rogó Connor.

La cara de Mery reflejaba lo innecesario de la petición. Leena asintió.

Fuera, algunos se habían aventurado unos metros hasta el cruce con Eustace Street desde donde se alcanzaba a ver la otra ribera del río.

—¡Se está levantando una columna de humo gigante! —gritó uno que cumplía con el simbolismo cromático de la bandera irlandesa.

—Debe ser el final de O`Connell —apuntó otro que había salido con la pinta en la mano.

—Ha explotado algo en O`Connell —añadió una voz más.

Los agentes de la RUC intercambiaron gestos.

—Tenemos que ir. Avisa a las chicas. Que vayan a algún lugar no transitado —se adelantó el islandés.

Connor volvió segundos más tarde. La expresión de su compañero se le antojaba distinta y su voz sonaba firme, rotunda.

—Te sigo —dijo Ólafur.

Corrieron a buen ritmo por Wellington Quay sin dejar de mirar en la dirección que señalizaba la cada vez más oscura columna que se alzaba tras los edificios. Algunos transeúntes hacían lo propio pero en dirección contraria. Otros observaban atónitos cómo el pánico, alimentado de rumores, iba devorando las calles.

Desde el puente ya se percibía el olor de la destrucción.

—¿Lo reconoces? —preguntó Ólafur tocándose la nariz sin cesar de correr —. Gasolina y aceite. Artefacto explosivo en un vehículo. Y ya sabes qué significa eso.

Pero Connor únicamente podía pensar en la posible autoría. Deseó que hubiera sido obra del IRA pero sabía muy bien que cuando operaban dentro de su territorio lo hacían contra blancos muy precisos y nunca de forma indiscriminada con coches bomba.

Un nuevo estruendo, seco y colosal, provocó que ambos se arrojaran al suelo.

Y ese molesto y continuo pitido en la parte más interna del oído.

Aturdido y con el equilibrio afectado, el islandés ayudó a su compañero a incorporarse. Luego sacó la Smith & Wesson que llevaba en la funda tobillera oculta bajo el pantalón de campana.

—¡Dios Santo! ¿Se puede saber qué haces? ¿Por qué vas armado?

—Soy policía, ¿recuerdas? —contestó.

—Esa ha explotado muy cerca, Ólafur. Y puede haber más.

Connor Murphy hizo una pausa para centrar su atención en Temple Bar.

—Ve con ella —le conminó—. ¡Vamos! Llévalas a un lugar seguro. Luego nos vemos. ¡Vamos!

Su compañero asintió antes de salir corriendo.

Ólafur Olafsson no perdió un segundo y reemprendió la marcha, revólver en mano, en dirección al segundo hongo emergente. Tras cruzar el puente aumentó el ritmo aprovechando que la calzada estaba bien asfaltada. Avanzaba sorteando los coches que ya habían dejado de circular. Muchos de sus ocupantes los habían abandonado y habían huido a pie hacia ningún sitio, otros permanecían junto a sus vehículos de diversas maneras: obnubilados, presos del pánico, paralizados, orates, angustiados, exaltados, acongojados o ajenos. Cualquier reacción era del todo razonable. Continuó por Gardiner Street donde la atmósfera se tornó casi irrespirable. La densidad del aire había aumentado por el polvo en suspensión y se vio obligado a reducir la cadencia de la zancada. Un hombre con el rostro ensangrentado y los párpados muy abiertos le indicó con el brazo la dirección que debía seguir.

—Ha sido en Talbot Street —le pareció entender.

Pero no hacía falta ser un vate para saber dónde se había producido la explosión, bastaba con dejarse guiar por el instinto. Y fue precisamente eso lo que le forzó a detenerse veinte metros antes de llegar a la esquina de la que partía un manto negro y espeso. Avanzaba con paso firme y la vista al frente. Olía a fundición, a bosque quemado.

Olía a muerte.

Los gritos y quejidos de intensidad variable le hicieron fracasar en el intento de sosegarse y, muy lejos de disminuir, las pulsaciones aumentaron en la medida en la que se aproximaba. Lo primero que distinguió a unos quince metros a su derecha fue un amasijo de hierros candentes que debían de haber formado parte del chasis de un coche verde. Las ruedas aún seguían ardiendo. Dentro reconoció restos humanos; fuera también.

De inmediato, su atención se dirigió hacia una mujer que deambulaba con la cabeza agachada tapándose la cara con las manos. Venía hacia él. Se agachó para guardar el arma y, cuando la buscó, descubrió que había cambiado de dirección. El fuego había hecho estragos en la parte posterior de

su cabeza dejando a la vista terribles ampollas y restos de cabello chamuscado. Se frotó los ojos con saña para librarse del escozor que le provocaba el humo y recibir unas imágenes que jamás lograría borrar de su cabeza.

Parecía un fotograma capturado de los documentales que emitía la BBC sobre la guerra de Vietnam. Las fachadas de varios locales comerciales se habían volatilizado y la estructura del edificio se veía desnuda, como despojada de sus vestiduras antes de ser violada por la onda expansiva. En ese mismo lado de la calle varios vehículos presentaban terribles destrozos como consecuencia de la metralla, mientras que otros se conservaban prácticamente intactos. Distinguió restos de maniqués entre los escombros. Uno de ellos había quedado en una postura casi cómica: bocabajo y con las piernas abiertas. El picor le afectó a la garganta pero no encontró saliva con que humedecerla. Arrastrado por sus erráticos pasos hasta la acera contraria tropezó con unas botas de color marrón. Las botas tenían piernas y las piernas pertenecían a un cuerpo de mujer; un cuerpo al que le faltaba la cabeza. Apartó la vista y, en la huida visual, se topó con otros dos cadáveres terriblemente mutilados por los devastadores efectos de la tornillería que escupió el artefacto. Irreconocibles.

Se tapó la boca y giró ciento ochenta grados buscando supervivientes.

O buscando una salida de aquel infierno.

O buscando una explicación.

El humo se fue disipando pero Ólafur Olafsson seguía al borde del desvanecimiento, dando vueltas sobre su propio eje igual que una marioneta manejada por Dante en su recorrido por el infierno. Sus retinas absorbían tanta información que el resto de los sentidos se le bloquearon. Se vio a sí mismo como el único espectador de una macabra película muda de cuyas escenas no podía escapar: un anciano cubría con papel de periódico los restos humanos que se iba encontrando por el camino; una mujer en estado de shock se probaba algunos zapatos que habían quedado esparcidos por el empedrado tras la deflagración; una niña que se sacudía los cristales que tenía clavados en brazos y piernas acompañando el empeño por vagidos casi imperceptibles; un hombre con chaleco y sombrero de ala ancha intentaba llegar hasta alguien atrapado entre los cascotes desprendidos del edificio. Un metraje horrendo que parecía no tener fin.

Hasta que sucedió.

Su cerebro comenzó a procesarlo todo bajo los parámetros de lo ordinario pasando del estado de shock al estado de emergencia. Acto seguido, se dejó guiar por el oído para localizar a un hombre que se retorció en el suelo emitiendo alaridos insoportables. Se apresuró a socorrerlo, pero no fue hasta que consiguió que dejara de moverse violentamente cuando se percató de que le faltaba el brazo izquierdo desde el codo. Se quitó el cinturón para hacerle un torniquete y, pronunciando unas estériles palabras de ánimo, buscó otra persona a quien atender.

Y después otra.

Y otra más.

Hasta que escuchó el sonido de las primeras ambulancias que acudían al lugar de los deshechos tras superar el caos circulatorio que se había adueñado de las calles de Dublín.

—Señor, ¿está usted bien?! —inquirió alguien su espalda.

Ólafur ni siquiera se giró.

Inmóvil, alzó la mirada al cielo y buscó alguna en la que pudiera encontrar la respuesta.

Pero las lágrimas no le dejaban ver.

Entre las 17:28 y las 17:32 del viernes 17 de mayo de 1974, tres coches bomba hicieron explosión en el centro de Dublín. La de Talbot Street fue la segunda, colocada en un Ford Escort de color azul junto a la tienda de zapatos O'Neil y frente a los almacenes Guineys. Doce personas murieron en el acto y otras dos en los días sucesivos a causa de las terribles heridas. Trece de las catorce víctimas fueron mujeres, incluida una embarazada de nueve meses. El lugar estaba más concurrido de lo habitual debido a una huelga de autobuses. La mujer de las botas marrones tardó tres días en ser identificada.

El balance total de víctimas, incluida una cuarta bomba que detonó en Monaghan a las 18:58, fue de treinta y tres muertos y casi trescientos heridos.

Hasta 1993 la Fuerza Voluntaria del Ulster no se atribuyó la autoría de esta sangrienta cadena de atentados. Varios informes posteriores acusaban al Servicio de Inteligencia Secreto (MI6) como colaborador directo de la acción terrorista, sin embargo, nunca pudo probarse.

Hasta la fecha no se ha condenado a nadie por ello.

VERSOS, CANCIONES Y TROCITOS DE CARNE

La trilogía policiaca de moda en España



La historia que tiene en vilo a miles de lectores
Empieza a leer *Memento mori*, la primera entrega de la saga



EMPEZAR PORQUE SÍ (Y ACABAR NO SÉ CUÁNDO)

*Barrio de Arturo Eyries (Valladolid)
31 de octubre de 2010, a las 20:50*

El vaho no le permite ver con nitidez a través de la bolsa a pesar de ser transparente. El calor y la humedad se manifiestan en forma de sudor que nace en la frente y discurre por la cara en varios afluentes para terminar desembocando en el calcetín que tiene metido en la boca, hasta la campanilla. Hace ya tiempo que a Mercedes no le queda fuerza física ni psíquica como para pensar en que va a poder liberarse de la silla de madera en la que está sentada.

El parte de daños que le devuelve el cerebro no presenta cambios con respecto al último: dolor agudo en la frente, tumefacción en las muñecas, molestia en aumento en los hombros, agarrotamiento de la espalda, pinchazos en las cervicales, fatiga en el cuello y piernas totalmente dormidas.

Calor y humedad.

Agotada la vía terrenal, ha recurrido a la ayuda divina apelando a la Virgen de los Desamparados y rogando la intervención de san Judas Tadeo, pero siempre obtiene el mismo resultado: ninguno. A estas alturas, y tras dos desmayos, ya se ha encomendado al Altísimo y ha encontrado alivio en la analogía entre esa silla y la cruz.

Necesita un descanso y cierra los ojos.

Suda.

Todavía consigue respirar gracias al aire que se cuele por la parte inferior

de la bolsa. Baja la cabeza en busca de oxígeno, y se encuentra con el olor de su propia orina que sube en dirección opuesta. No soporta los olores corporales, ni siquiera los suyos. El impacto la obliga a inclinarse hacia atrás para favorecer la apertura de sus vías respiratorias. Aprovechando la postura, comete el error de tratar de inhalar aire. La condensación ha hecho que la bolsa se le adhiera a la cara y, al inspirar, el plástico se le introduce por las fosas nasales. Para apartarlo, sopla con fuerza por la nariz y busca una alternativa para no volverse a desmayar. Inclina la cabeza, y nota cómo los pulmones se llenan poco a poco de aire, de vida; lo retiene unos instantes antes de soltarlo despacio. El dióxido de carbono sale caliente, y hace subir la temperatura. Cree que, si por lo menos pudiera quitarse ese maldito calcetín que le roza la faringe, lograría concentrar las escasas fuerzas que le quedan en un único grito que alertara a Teresa, su vecina de arriba. Siempre tuvo buena voz, ¡cuántas veces se lo había demostrado a su hijo!

«¡Qué paradoja!», piensa.

El hecho es que, con sus repetidos intentos de hacer ruido, se ha desgastado tanto las cuerdas vocales que ya ni siquiera trata de emitir sonidos guturales. Ruega para poder librarse del maldito calcetín, pero la cinta adhesiva que lo sujeta no atiende a sus súplicas. Vuelve a ponerse en manos del cielo. Inspira de nuevo y espira lentamente.

Cuando vuelve a abrir los ojos, no distingue nada más que el contorno de la figura que le habla con voz sosegada.

—Voy a cambiarte la bolsa y a limpiarte un poco la cara, quiero enseñarte algo.

El hecho de poder respirar unos segundos sin la bolsa le otorga unos instantes de alivio.

Sus ojos imploran misericordia, pero ya ha asumido que él no se la va a conceder. Está siendo un largo calvario; no obstante, ha conseguido mantenerse firme, no ha cedido al martirio, como en su día también lo lograran santa Filomena y santa Bárbara. Tiene el convencimiento de que el torturador no va a salirse con la suya, y eso es lo único que la empuja a seguir luchando.

—¿Puedes ver esto? ¿La reconoces? —pregunta la voz.

Enfoca para centrarse en el objeto que tiene a escasos centímetros de la cara. Lo reconoce al instante. Emite un gemido que nace de su estómago, tan prolongado como le permite la escasa energía que le queda. Sus ojos,

anegados de lágrimas, se sincronizan con la nariz para liberar todo lo que ha sido capaz de retener durante el suplicio físico.

—Ahora es mía y solo mía —le susurra al oído la voz—. Tengo que confesártelo, la encontré antes de que llegaras. Sabía muy bien dónde buscarla. Se dice que uno encuentra las cosas en el último sitio donde las busca, pero en este caso yo la encontré en el primero. Solo quería saber hasta dónde eras capaz de aguantar. Enhorabuena, has superado todas mis expectativas; estoy orgulloso de ti.

Mercedes quiere revolverse en señal de protesta, pero su aparato locomotor ya no le responde. Solo puede concentrarse en esos dientes que asoman detrás de una sonrisa perfecta, tan blancos y tan bien cuidados... como los suyos.

Cierra voluntariamente los ojos y nota las lágrimas recorriendo sus mejillas para terminar siendo absorbidas por el calcetín; junto a la mucosidad, la saliva y el sudor, han empapado el tejido transmitiendo a sus papilas gustativas un gusto tan singular como repulsivo. Un nuevo sabor, el de la bilis, le advierte de la proximidad del vómito. Se concentra en contenerlo para no morir ahogada.

Lo consigue.

Trata de revertir todo el odio que siente en compasión. No lo logra, y asume que es consecuencia de su debilidad cristiana.

—*Memento mori*[\[1\]](#). Ya no tenemos más tiempo. Bueno, puntualizo: es a ti a quien se le ha acabado el tiempo.

Mercedes percibe ese olor a tabaco avainillado antes de sentir el plástico recubriendo de nuevo su cabeza. Reconoce el sonido de unos nudillos que precede de nuevo a la voz.

—Estos días he pensado mucho en la despedida. Tengo un poema que escribí para ti hace ya muchos años, creo que tenía diecisiete. Lo he retocado un poco y había pensado en leértelo, pero finalmente he decidido que no te lo mereces. Incluso me había planteado darte una noticia que no esperas, pero tampoco te lo has ganado. Te irás con otras palabras que no son mías, son de Till Lindemann; supongo que no le conoces. Eso sí, te lo voy a traducir para que puedas entender lo que digo, aunque dudo mucho que seas capaz de comprenderlo. Lo mismo da.

El inconfundible ruido que hace la cinta adhesiva al desprenderse del rollo rompe el silencio. Al pasar la segunda vuelta justo por encima de la nuez, Mercedes pide al cielo que sea la última vez que tenga que padecer la agonía

de volver de la muerte. Ya ha visto dos veces las luces del túnel, aunque no sabe que es debido a la reacción de su cerebro ante una inminente isquemia retinal por la falta de oxígeno. Por suerte para ella, el cielo sí la escuchará esta vez.

Unas palabras recitadas con forzada solemnidad centran la atención de sus oídos:

Un hombrecillo aparentó morir,
pues quería estar a solas.
El corazoncito se le detuvo durante horas;
entonces, se le dio por muerto.
Se le enterró en arena mojada
con una caja de música en la mano.

Ya no entra aire, pero aún puede respirar. La bolsa sigue el ritmo de su respiración; se pega a su cara cuando inspira, y se separa cuando espira. Trata de coger aire por la nariz y la boca al mismo tiempo. Ya no escucha la voz, solo el sonido del plástico. Su corazón late a ritmo de réquiem, como queriendo dejarle un buen sabor de boca en la despedida. Mueve la cabeza bruscamente hacia los lados y sus músculos se contraen. Trata de concentrarse en el rostro de Jesucristo para entrar de su mano en el Reino de los Cielos, pero la repentina falta de oxígeno le obliga a abrir los ojos por última vez. Se encuentra con la mirada atenta de quien no quiere perder detalle. Ojos pequeños, negros y afilados... como los suyos.

La bolsa es ya su segunda piel; prácticamente, no se despega de su cara y le tapa los orificios nasales y la boca. No quiere resistirse más, pero su sistema nervioso le niega la alternativa de rendirse. Inconscientemente, exhala con fuerza para tratar de dar la última bocanada de aire. Ya no queda oxígeno. Lo vuelve a intentar justo antes de perder el control de su esfínter. Las convulsiones no le impiden procesar las últimas palabras que oirá:

—¡Que empiece el viaje ya! Adiós, madre.

Se hace el silencio en la estancia. Ni siquiera el aroma del tabaco es capaz de esconder el hedor que ha traído la muerte.

Suena ... *Y al final*, de Enrique Bunbury, pero Mercedes ya no tiene activo ninguno de sus sentidos.

*Permite que te invite a la despedida,
no importa que no merezca más tu atención,
así se hacen las cosas en mi familia,
así me enseñaron a que las hiciera yo.*

Notas

[1] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Recuerda que morirás». Hace referencia a lo efímero de la vida.



HOY PÁRPADOS HINCHADOS TE CIEGAN

Residencia de Ramiro Sancho (barrio de Parquesol)

12 de septiembre de 2010, a las 9:47

Como un domingo cualquiera antes de las diez de la mañana, la presencia de vehículos en las calles de Valladolid era tan reducida como las ganas de recibir una llamada de trabajo durante el fin de semana. Habían transcurrido apenas treinta minutos desde que despertaron al inspector Sancho hasta que aparcó en la calle Real de Burgos, justo en la puerta del Instituto Anatómico Forense. El día había amanecido casi despejado, y el sol de principios de otoño invitaba a cualquier otra cosa que no fuese asistir a una autopsia dominical, pero el subinspector Matesanz, que estaba de guardia, le había alertado llamándole a su teléfono personal. Con voz apagada, le había dicho:

—Buenos días, Sancho. Lamento tener que molestarte estando todavía convaleciente, pero tendrías que venir de inmediato al Anatómico.

El inspector llevaba desde el viernes amarrado a la taza del váter, esclavizado por una gastroenteritis aguda que le había vaciado el cuerpo. El otro cuerpo, el de Policía, le pedía que estuviera presente en la autopsia de un cadáver encontrado solo unas horas antes.

—¡Hay que joderse, Matesanz! ¿Qué tenemos? —quiso saber incorporándose de la cama con cierta lentitud.

—El cadáver de una joven de unos veinticinco años, mutilada, encontrada en el parque Ribera de Castilla.

—En media hora estoy allí.

Colgó.

Ramiro Sancho cumplía su tercer año al frente del Grupo de Homicidios de

Valladolid. A sus treinta y nueve, todos le conocían como Sancho, ya nadie le llamaba por su nombre de pila. En realidad, ya nadie le llamaba. Desde que se separó y consiguió el traslado a casa, había decidido encerrarse en sí mismo y en su trabajo. A los pocos meses de sacar la oposición de inspector de policía, fue destinado a la Unidad Territorial de Información de San Sebastián. Allí había hecho su vida hasta que la ruptura con Nagore le hizo replantearse el futuro. Tras dos años de espera, surgió repentinamente la vacante en Valladolid en forma de jubilación anticipada y no se lo pensó.

La barba pelirroja le hacía aparentar más edad. Sancho lo sabía, pero le encantaba; había sido su acto de rebeldía más importante de los últimos años. Tirarse de los pelos de la barba y pasarse la mano por la mandíbula se había convertido ya en una manía, pero era su manía. Cuando terminó de instalarse en su nueva casa del barrio de Parquesol, se hizo con una maquinilla para afeitarse la cabeza, y hacía unos meses que había empezado a raparse al uno. Su frente, cada vez más despejada, hacía que sus pobladas cejas y su barba destacaran aún más entre sus rasgos faciales. Ser pelirrojo y tener los ojos claros no le ayudaba precisamente a pasar desapercibido en España; sus ciento ochenta y siete centímetros de altura, tampoco. De gesto reservado, voz grave y sonrisa tan poco frecuente como natural, era un tipo de campo encerrado en la ciudad. Sancho seguía practicando deporte siempre que podía, aunque últimamente las sesiones se habían visto reducidas a correr por el barrio los fines de semana. Ahora bien, fumar no fumaba. Había jugado al rugby en su juventud, hasta que lo tuvo que dejar a los veinticuatro por una lesión de rodilla y para terminar sus estudios de Derecho en la Universidad de Valladolid. Los domingos solía subir a Pepe Rojo para ver jugar a su equipo, pero las circunstancias de ese día le habían llevado, todavía escaso de fuerzas, hasta la puerta del viejo y deteriorado edificio del Instituto Anatómico Forense.

Esa no era, ni mucho menos, la primera vez que tenía que pasar por el trago de ver un cuerpo sin vida. De hecho, había visto unos cuantos durante su etapa en San Sebastián, pero los escasos datos que le había proporcionado Matesanz sobre los hechos retumbaban en su cabeza como un estribillo de Georgie Dann.

Frente a la sala de autopsias número uno, la saliva le supo a formol antes de llamar a la puerta.

—Sancho, buenos días; tan puntual como de costumbre —observó el

subinspector Matesanz abriéndole la puerta—. Siento haberte molestado, en breve entenderás el motivo.

—Tranquilo, ellos no saben de fines de semana —contestó intentando quitar hierro al asunto al ver el semblante extrañamente abatido de Matesanz.

—Ahí tienes todo lo necesario, te aconsejo que te pongas la mascarilla. Los de la científica se han ido hace unos minutos; dentro está solo Villamil y no hace falta que te diga lo rápido que trabaja. La autopsia no está concluida del todo, pero habla con él y te pondrá al corriente. Yo necesito algo de aire.

—Está bien, Matesanz, tómate un respiro. Cuando termine aquí, te llamo.

—Muy bien, luego hablamos —dijo despidiéndose apresuradamente.

Conocía a Patricio Matesanz desde hacía solo tres años. Le faltaban apenas unos cuantos más para pasar a segunda actividad, pero él era de esos policías para los que desprenderse de la placa era como arrancarse la piel. El subinspector era el más experimentado del grupo; un soriano parco en palabras y de expresión tan apagada como solemne, un castellano recio. Todo un referente para el grupo. Desde el primer día en que Sancho se hizo cargo del puesto, Matesanz le había brindado todo su apoyo. A su manera, le facilitó el acercamiento al resto de compañeros y, en pocas semanas, le enseñó cómo funcionaban las cosas en Valladolid. En aquel momento, el Grupo de Homicidios de Valladolid trabajaba como un reloj suizo, y eso se debía a Matesanz en gran parte. Al margen del afecto personal que le profesaba, respetaba y admiraba su trayectoria profesional. Él nunca trabajaba sobre hipótesis, solo sobre indicios y pruebas. Muchos eran los casos que se habían resuelto gracias al buen enfoque de la investigación aportado por el subinspector. Ver la cara desencajada de un policía tan experimentado y notar su voz agrietada hizo que agudizara todos sus sentidos.

Inspiró lenta y profundamente, notando cómo se hinchaban sus pulmones antes de soltar el aire por la boca, muy despacio. Al hacerlo, el olor intenso a alcohol y a cloro de los desinfectantes, antisépticos y demás bactericidas le penetró hasta la base del cráneo para abofetearle la pituitaria. A duras penas, superó las ganas de teletransportarse al baño más cercano y, mientras terminaba de atarse la mascarilla y de ajustarse los guantes, reflexionó sobre lo paradójico que resultaba tanta desinfección en aquel lugar gobernado dictatorialmente por la muerte. Levantó la mirada hacia la camilla donde podía distinguirse el cuerpo inerte de la víctima tapado por completo. De

espaldas, reconoció las canas de Manuel Villamil, uno de los once médicos forenses de la ciudad, con el que Sancho guardaba una relación más que cordial. Villamil estaba apoyado sobre sus brazos y miraba inmóvil lo que debía de ser el informe preliminar de la autopsia.

—Buenos días, Manolo. El buen cirujano opera temprano.

No hubo respuesta.

—Manolo, ¿qué tenemos? —insistió.

—Querrás decir qué no tenemos —respondió Villamil con voz queda—. ¿Sabes, Sancho? Es en días como estos cuando maldigo el momento en el que dejé de fumar. Necesito un Ducados para fumármelo en dos caladas.

—Manolo —interrumpió Sancho impaciente—, solamente cuento con la información que me ha dado Matesanz hace unos minutos: un cadáver de una joven de unos veinticinco años encontrado en el parque Ribera de Castilla. Sé también que ha sido mutilada, pero no tengo más detalles.

—Mutilada, sí, pero esto no se ajusta a nada que yo haya visto antes, y no soy precisamente un yogurín. ¡Coño, Sancho, que mi hija Patricia tiene su misma edad!

—¿Por qué no empiezas por enseñarme el cuerpo? —propuso posando la mano sobre el hombro del médico de forma afectuosa.

—Claro, disculpa.

Villamil se acercó a la manta térmica que cubría el cuerpo y la retiró.

—¡Hay que joderse, Manolo! —exclamó llevándose la mano instintivamente a la boca—. Pero ¡¿qué mierda...?!

El impacto inesperado de ver un cadáver con la mirada fija y extinta le hizo morderse el dorso de la mano a través de la mascarilla antes de volver a preguntar:

—¡¿Qué le han hecho a esta chica?!

—Se los ha cortado —reveló el galeno—. No diría que es el trabajo de un cirujano, pero son cortes limpios, y eso me lleva a pensar que, para nuestra tranquilidad y la de su familia, fueron post mórtem, y que no le tembló el pulso al desalmado que lo hizo. Presenta dos incisiones verticales en cada uno de los cuatro párpados, y otra horizontal que, curiosamente, hace la forma del globo ocular; lo cual nos lleva a pensar que la hoja debía ser necesariamente curva.

—¡Hay que joderse! —repitió Sancho mientras se recuperaba del *shock* y se tiraba inquieto de los pelos de la barba que le asomaban por debajo de la

mascarilla—. ¿Cuál fue la causa de la muerte? Supongo que esas marcas del cuello tienen mucho que ver —anticipó el inspector.

—Efectivamente, murió por estrangulamiento; tiene la tráquea aplastada. Todo indica que el mecanismo de la muerte fue anoxia anóxica. La leve cianosis facial y la equimosis puntiforme que se aprecia en el rostro no dejan lugar a dudas. Hay restos de orina de la propia víctima en el vello púbico y cara interior de los muslos a causa de la incontinencia urinaria que se originó en los instantes previos a la parada cardiorrespiratoria —explicó con asepsia el forense.

—¿Sabemos cómo la asfixió?

—Algo que tenemos claro es que no se ayudó de objeto alguno. La falta de marcas de los pulgares indica que, muy probablemente, fuera una estrangulación antebraquial aplicada sobre la laringe.

—Entendido. ¿Ningún signo más de violencia?

—Ninguno. No se aprecian señales de ataduras ni mordazas; tampoco encontramos otros hematomas ni presenta indicios de haber sido violada. Se observan algunos arañazos, también post mórtem, en cara, cuello y extremidades como consecuencia de haber sido arrojado el cuerpo ya sin vida a los matorrales en los que fue encontrado. Todo está debidamente recogido en el informe.

Sancho, ya sosegado, siguió preguntando:

—¿Restos visibles bajo las uñas?

—Nada que yo haya podido apreciar a simple vista —certificó de inmediato Villamil, como esperando la pregunta—. Voy a proceder a la amputación de las falanges distales para enviarlas a Madrid.

—Necesitamos darle prioridad en el laboratorio. No podemos esperar un mes a los resultados.

—Bueno, de eso ya os encargáis vosotros.

—Correcto. ¿Y lo de los párpados? ¿Qué sentido tiene? —cuestionó al tiempo que volvía a clavar la mirada en los ojos mate de la joven.

—Sancho, no creo que buscar el sentido de las cosas sea tarea vuestra; lo que tenéis que hacer es atrapar al desalmado que hizo esto.

—Lo sé, lo sé, solo pensaba en voz alta —aclaró el inspector mirando a Villamil—. Por cierto, ¿se han encontrado los párpados?

—No. Según parece, se los llevó de recuerdo.

—Mierda puta —concluyó antes de hacer una pausa—. Dime todo lo que

sepamos hasta ahora, necesito información.

Manuel Villamil cogió la primera hoja del informe y empezó a leer.

—La víctima está debidamente identificada. Se le encontró la documentación encima, y la necrorreseña no deja lugar a dudas. Se trata de María Fernanda Sánchez Santos, nacida en Ecuador, de veinticuatro años, ciento cincuenta y siete centímetros y cincuenta kilos de peso. Pelo negro y ojos marrones oscuros. Hija de Hilario Sánchez, ecuatoriano, fallecido, y María Santos, española. Residía con su madre en España desde 2005 con dirección en el número dieciocho de la calle Lope de Vega.

—Habrá que contactar con el consulado para notificar el hecho. Entiendo que su familia ya ha sido informada.

—Supongo que sí —conjeturó Villamil sin levantar la vista del informe—. Esa labor os corresponde a vosotros.

Villamil iba a continuar, pero el inspector preguntó de nuevo:

—Espera, Manolo, has dicho que vivía en la calle Lope de Vega. En La Rondilla, ¿no? Eso está muy cerca del parque Ribera de Castilla, donde fue encontrado el cuerpo.

—Así es, yo diría que está a menos de diez o quince minutos andando.

El forense continuó leyendo.

—El cadáver fue encontrado por un joven que hacía *footing* por la ribera del río, parcialmente oculto entre unos arbustos a la altura del Centro de Piragüismo Narciso Suárez, sobre las ocho y media de la mañana. El cuerpo se encontraba vestido; blusa blanca, pantalones vaqueros y botas negras. La inspección ocular del lugar concluye que no fue asesinada allí al no encontrarse ningún signo de lucha ni rastros de sangre. Los de la científica aseguran que la mataron en otro sitio y, posteriormente, la dejaron en el lugar donde fue encontrada. Como te decía, mi informe lo corrobora.

—Bien, sigamos. ¿Data de la muerte?

—No hay signos de descomposición, y en el levantamiento del cadáver se aprecia rigidez en fase de instauración. Diría que lleva muerta unas cinco horas, no más de ocho casi con total seguridad; probablemente fuera asesinada entre las tres y las siete de la mañana del sábado. Ya sabes que todo esto es estimativo.

—Lo sé, pero también sé lo poco que suele equivocarse Manuel Villamil.

—Tú mismo.

—¿Quién se encargó del levantamiento del cadáver?

—La juez Miralles lo firma.

—Ahí hemos tenido suerte, Aurora suele ser bastante diligente con los casos que caen en sus manos.

—Sí, yo también lo creo.

—¿Eso es todo? —preguntó sin dejar de mirar a los ojos de la víctima.

—Todo lo que tenemos hasta el momento, aparte del poema.

—¿El poema? ¿De qué me estás hablando? —preguntó el inspector con aparente frialdad.

—¿Es que no te lo han dicho?

—A la vista está que no.

—El que hizo esto, además de un hijo de su madre, es un proyecto de poeta o algo así.

—Dime, Manolo, ¿qué habéis encontrado?

—Lo que él quería que encontráramos —respondió Villamil mientras se volvía hacia la mesa que tenía a su espalda—. Precisamente, lo estaba releendo cuando has llegado.

—Un segundo, ¿damos por hecho que es un hombre?

—Bueno, no lo sabemos con certeza. No obstante, me juego tu pensión a que el que hizo esto fue un hombre. Una mujer no mata de esta forma. Cuando leas el maldito poema, coincidirás conmigo: se trata de un hombre.

Villamil hizo una pausa y, volviéndose al escritorio, indicó:

—Aquí lo tienes.

Con unas pinzas, agarró un fragmento de papel de unos diez centímetros de largo por cinco de ancho en el que se podía distinguir un texto.

—¿Dónde estaba esto? —quiso saber mientras examinaba el trozo de papel.

—En esta bolsita de plástico, en su boca. El papel estaba doblado en cuatro y colocado minuciosamente dentro de la bolsita.

—¿Sabemos quién es el autor?

—Ni idea, pero por el contenido me vuelvo a jugar tu pensión a que lo escribió el propio asesino.

—Te confieso algo, Manolo —dijo el inspector dejando caer la mirada al suelo—, tengo la impresión de estar viendo una de esas películas americanas del típico asesino en serie superdotado que deja pistas a los guapos e intrépidos detectives para jugar con ellos.

Sancho se acercó a la nota para tratar de leer el texto escrito a máquina,

pero Villamil le interrumpió.

—No fuerces la vista, chaval. A tu edad, no es bueno —soltó con ironía—. Ya lo hemos transcrito y adjuntado al informe. Siéntate —le indicó Villamil al tiempo que movía el ratón del ordenador que tenía encima de la mesa.

Se sentó a leer.

Afrodita

Cuando la sirena busca a Romeo,
de lujuria y negro tiñe sus ojos.
Su canto no es canto, solo jadeo.

Fidelidad convertida en despojos
a la deriva en el mar de la ira,
varada y sin vida entre los matojos.

No hay semilla que crezca en la mentira,
ni mentira que viva en el momento
en el que la soga juzga y se estira.
Tejeré con la esencia del talento
la culpabilidad de los presuntos.
¡Y que mi sustento sea su aliento!

Caminaré entre futuros difuntos,
invisible y entregado al delirio
de cultivar de entierros mis asuntos.

Afrodita, nacida de la espuma,
cisne negro condenado en la bruma.

—Basura poética —juzgó tras leerlo dos veces—. Nunca me ha gustado la poesía, no la entiendo o no la quiero entender. En esta, a simple vista, yo diría que el móvil podría ser un desengaño amoroso; ya sabes, para el amor y la muerte, no hay cosa fuerte. Parece que pretendiera justificar su crimen. En la última parte anuncia y advierte que va a seguir por ese camino, tipo justiciero misterioso. Tendremos que salir a su encuentro lo antes posible.

—Inspector Sancho, me da la sensación de que no va a ser nada fácil ni rápido agarrar a este malnacido.

—Manolo, le atraparemos. Cuando cometa un error, ahí estaremos nosotros.

—Precisamente eso es lo que me preocupa.

—¿El qué? —preguntó sorprendido.

—Que para que cometa algún error, tendrá que matar de nuevo.

El Campo Grande
Zona del paseo de Zorrilla

El cielo estaba sospechosamente limpio de nubes y el sol de mediodía animaba a huir de las zonas sombrías. Los veintisiete grados centígrados que marcaba el termómetro del Campo Grande habían empujado a muchas familias a disfrutar de un domingo tranquilo en la zona verde más importante de la ciudad. Los rayos que se filtraban entre los castaños, las palmeras y los arces formaban bonitas figuras sobre el asfalto que ya pisaban muchas suelas nuevas a esas alturas de la mañana. Olía a matinal de domingo, a hierba recién cortada, a vainilla y a tierra húmeda pisada. Podía escucharse el piar de cientos de pájaros alborotados en un día sorprendentemente caluroso para esa época del año en Valladolid.

Sin embargo, a él toda esa eclosión de la madre naturaleza le importaba bien poco en ese momento. Él amaba los espacios verdes, pero los disfrutaba en solitario y aquel no era precisamente el día. Había ido a rematar la faena, y prefería zambullirse en su música que escuchar a los pájaros piando. Caminaba sereno, luciendo media sonrisa y gafas Ray-Ban de cristales amarillos, modelo piloto. El pelo, bien cortado y despeinado a la moda. Recién duchado y perfumado, con oportuna barba de tres días. Sus vaqueros y zapatillas, de marca. De complexión atlética, vestía una sudadera de capucha azul marino sobre camiseta blanca.

Continuó caminando, despacio, buscando encontrarse con miradas, gustándose. Sonaba *Me amo*, de Love of Lesbian. La voz de Santi Balmes era especial, distinta, con sello propio, como él. No era ni mucho menos la canción que más le gustaba del grupo, pero era la que encajaba en ese preciso momento. Subió el volumen del iPhone para cantarla:

*Hoy voy a decirlo: ¡Cómo me amo!
Tú ya no puedes hacerme daño.
Soy un ser divino, ven a adorarme.
¡Qué buena suerte, amarme tanto!*

Se reía y aplaudía mientras seguía caminando. Sabía perfectamente adónde quería ir, y estaba pletórico. Giró a la izquierda para llegar a la zona del estanque.

—Es domingo. ¡Cojones! —pensó en alto.

El lugar estaba infestado de familias con niños que esperaban pacientemente para darse una vuelta en la barca del Catarro.

*Oh, el síndrome universal,
la vida te sentó en un diván,
contando todo tipo de traumas.
Oh, podrías pensar un rato en él,
quería estudiar, recuerda cómo te empujaba.
Y quedó segundo, uuuhhh.*

—Mierda de niños —murmuró con desdén mientras se paraba un momento buscando el sitio adecuado.

*Hoy voy a decirlo: ¡Cómo me amo!
Tú ya no puedes hacerme daño.
Soy un ser divino, ven a adorarme.
¡Qué buena suerte, amarme tanto!*

Entonces, le asaltaron imágenes de ese mismo lugar algunos años atrás. De domingo con sus padres adoptivos. Su madre le había contado miles de veces la historia del Catarro, un hombre que llevaba treinta años dedicado a pasear a los niños en su barca, *La Paloma*, mientras amenizaba el viaje con vivaces historias. De repente, se vio subido en esa barca, escuchando otra vez el mismo maldito cuento de la bruja que vivía en una gruta detrás de la cascada. Por aquel entonces, tendría ocho años y ya sabía lo que era una bruja. Lo sabía perfectamente, y nada tenía que ver con lo que contaba ese viejo

estúpido a los niños, que le escuchaban boquiabiertos, estupefactos. Le hubiera gustado tanto tirarle por la borda con su ridícula gorra de marinero puesta...

Se rio bruscamente al pensarlo, y una pareja que pasaba a su lado se sobresaltó antes de dedicarle una mirada cargada con cierto hálito de desprecio. Recordó también cuando su madre adoptiva le contó que se había muerto el Catarro. Sintió algo parecido a la pena, pero no podía tratarse de eso, pues él ya no podía sentir pena por nada ni, mucho menos, por nadie.

De vuelta al presente, se dirigió al kiosco en el que se agolpaban varios niños comprando aperitivos para dar de comer a los animales a pesar de los carteles que lo prohibían expresamente. Pero en el Campo Grande, la tradición se impone a las normas. Se apartó para evitar cualquier contacto con los pequeños, esperó ansioso su turno y compró una bolsa pequeña de patatas fritas por un euro.

—Ladrones —murmuró.

Siguió caminando, buscando un sitio que estuviera bastante menos concurrido. Ya no deseaba encontrarse con miradas, sino con anátidas.

«Quizá un poco más adelante», lucubró.

Recorrió visualmente todo el escenario hasta que dio con el sitio. Siguiendo un camino que subía por la parte de atrás del estanque, la presencia humana disminuía de forma proporcional al incremento de aves acuáticas. Unos pocos metros más arriba, había una zona seca bastante apartada, alejada de posibles miradas entrometidas. Caminando sin dejar de estudiar cuanto le rodeaba, llegó hasta el lugar y comprobó con satisfacción que allí descansaban, al cobijo de una gran palmera, dos ocas, tres patos y un cisne negro.

—Afrodita, preciosa, precisamente a ti te estaba yo buscando —le confesó al cisne con notable júbilo.

Algo inquieto, se metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros para sacar una bolsa de pequeño tamaño. Miró a su alrededor y quitó el sonido de su iPhone, no había nadie. Estrujó el envase de las patatas y tiró la mitad de su contenido al alcance de las aves que, inmediatamente, se acercaron a picotear. Examinó de nuevo el lugar para cerciorarse de que nadie estaba observando. Era el momento. Mezcló a conciencia el contenido de su bolsa con las patatas, esperó unos segundos y lo volcó todo a escasos centímetros de las ocas, que ya habían ganado la partida a los patos. El cisne negro, de

mayor tamaño que las otras, se unió al festín abriéndose paso con la distinción de una dama de alta alcurnia.

En el suelo, entre las patatas, podían distinguirse los cuatro trocitos de carne.

—¡Vamos, vamos, vamos! Todo vuestro —animaba a las anátidas sin perder detalle de la escena.

Iba contando mentalmente los pedacitos de piel que quedaban al tiempo que eran engullidos por las aves. El cisne se tragó el último párpado con suma elegancia y, en ese momento, le pareció el animal más hermoso del mundo. Cuando no quedó nada, le susurró con fingida solemnidad y caricaturizada sonrisa:

—Ya nos veremos, querida Afrodita. *Ad kalendas graecas*^[2].

Acto seguido, sacó del bolsillo de la sudadera los guantes que había utilizado la noche anterior. Se agachó para coger una piedra de tamaño medio y la metió junto con los guantes dentro de la bolsa. Una vez hecho esto, la cerró herméticamente, caminó hasta otra zona con mejor acceso al agua, volvió a cerciorarse de que nadie le miraba y la dejó caer al estanque sin más.

Dio media vuelta y se encendió un Moods. Subió el volumen de la música, sonaba *La parábola del tonto*, y se acercó a la fuente de la Fama para disfrutar por un instante de la tranquilidad que reinaba en aquel espacio natural.

Sentado en un banco, se entretuvo unos minutos cuestionándose a cuántos metros podría llegar de una buena patada ese caniche recién salido de la peluquería que estaba olisqueando la papelera situada frente a él. Reconoció de inmediato el ritual canino que precede a la inminente impronta de orina sobre el mobiliario urbano. Sin perder detalle del evento, pensaba en cuál sería la mejor opción. La primera era la que le pedía el cuerpo: darle una patada con carrerilla empleando toda la fuerza que le nacía de la repulsión. La otra alternativa era fruto de la táctica y la estrategia. Consistía en acercarse a su objetivo con la serenidad de un banderillero, buscar la precisión del golpe y ajustar bien el ángulo para que cogiera altura, ganando así el máximo número de metros. Descartó la primera al sopesar la posibilidad de despanzurrar al animal en el envite, porque no estaba dispuesto a adornar sus Bikkembergs blancas con pedazos de distintos órganos internos caninos. Así, al final de su debate interior, estaba prácticamente seguro de que podría superar con creces la altura de la fuente golpeando con la fuerza adecuada en

la caja torácica. Solo le quedaban por disipar algunas dudas razonables: por un lado, si el animal moriría en el momento del despegue o al tocar tierra; por otro, si el chillido del chucho amortiguaría el sonido del crujir de sus costillas. Cuando el caniche terminó de marcar el territorio, ajeno al peligro, le dedicó una mirada de desprecio al tiempo que iniciaba, con suma arrogancia, un trote altivo hacia su dueña.

—Si tú y yo estuviéramos solitos, no me mirarías de esa forma, estúpido chucho disfrazado de oveja. Ahora estarías bien reventado por dentro y con tu sucia lengua por fuera —aseguró dejando escapar el humo de la última calada.

Algo frustrado y aburrido de ver carreras de madres con carritos y niños disfrazados de domingo, se levantó del banco en busca de la salida. En el camino, se cruzó con el busto de Rosa Chacel y se paró a mirarlo. Siempre le había llamado la atención, no sabía por qué. Se quitó las gafas de sol y le declaró con rotundidad:

—*Deus dedit, Deus abstulit*^[3]. ¿Verdad, doña Rosa?

Paseando por los senderos del Campo Grande, de regreso a casa, algo inesperado le hizo detenerse en seco. Unos tres metros delante de él, un pavo real estaba cruzando el sendero. Los había visto cientos de veces, pero este era especial y parecía querer decirle algo. Tenía el cuello azul turquesa, brillante, y una enorme cola verde que arrastraba por el suelo con la elegancia de una modelo de sangre azul. El animal se detuvo, le miró y, repentinamente, extendió la cola mostrando decenas de ojos azul turquesa y verde que parecían estar diciendo: «Te hemos visto». Durante esos segundos, sintió algo raro parecido al miedo recorriéndole el cuerpo. Se quedó paralizado ante el pavo real sin poder dejar de mirar a todos aquellos ojos acusadores. Pasados unos segundos que se le hicieron eternos, el ave recogió la cola y emprendió la marcha buscando encontrarse con miradas, gustándose.

Se perdió por la acera de Recoletos, pensativo, algo intranquilo, casi malhumorado.

Notas

^[2] Expresión latina que se traduce al castellano como «hasta las calendas griegas». Hace

referencia a algo que no sucederá jamás, ya que en Grecia no existían las calendas, que formaban parte del sistema de división temporal de los romanos. El origen de esta expresión se atribuye al emperador Octavio Augusto.

[3] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Dios lo dio, Dios lo quitó».

Notas

[1] Sir Edward Richard George Heath fue un político conservador que ocupó el cargo de Primer Ministro desde 1970 hasta 1974, cuando fue sustituido por Margaret Thatcher como líder del partido.

[2] El 30 de enero de 1972 en Derry se convocó una concentración pacífica a favor de los derechos civiles que desembocó en enfrentamientos contra el ejército británico. Murieron catorce manifestantes provocando el estupor de la opinión pública internacional.

[3] Nombre con el que se conocía popularmente a la Policía Especial del Ulster. Fue disuelta en 1969 tras las numerosas acusaciones de ejercer la violencia contra la población católica.

[4] Nombre con el que se conoce a la serie de atentados con bombas perpetrados en julio de 1972 por el IRA provisional en Belfast que dejaron un balance de nueve muertos y ciento treinta heridos.

[5] Fue un paramilitar lealista que lideró la banda conocida como «Los carniceros de Shankill». Se le considera responsable del asesinato de varias personas además de secuestros, torturas y otros delitos cometidos contra la comunidad católica de Belfast. Murió en 1982 tras un atentado perpetrado por el IRA provisional.

[6] Organización paramilitar leal a la Corona Británica que fue creada con el fin de luchar contra el IRA en Irlanda del Norte. Se le atribuyen 426 asesinatos a lo largo de todo su período de actividad, la mayor parte civiles.

Sobre el autor

César Pérez Gellida nació en Valladolid en 1974. Es Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Valladolid y máster en Dirección Comercial y Marketing por la Cámara de Comercio de Valladolid. Ha desarrollado su carrera profesional en distintos puestos de dirección comercial, marketing y comunicación en empresas vinculadas con el mundo de las telecomunicaciones y la industria audiovisual hasta que en 2011 decidió trasladarse con su familia a Madrid para dedicarse en exclusiva a su carrera de escritor.

César Pérez Gellida irrumpió con fuerza en el mundo editorial con *Memento mori*, que cosechó grandes éxitos tanto de ventas como de crítica y obtuvo el premio Racimo de literatura 2012. Constituía la primera parte de la trilogía Versos, canciones y trocitos de carne, que continuó con *Dies irae* y que se cierra ahora con *Consummatum est*. Actualmente colabora como columnista en *El Norte de Castilla*.

Puedes contactar con el autor a través del medio que prefieras:

Email: cesar@perezgellida.com

Facebook: <http://www.facebook.com/cesar.perezgellida>

Twitter: [@cpgellida](https://twitter.com/cpgellida)

Web: www.perezgellida.com

© 2014, César Pérez Gellida

© 2014, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-8365-919-9

Diseño de cubierta: Beatriz Tobar López

Conversión ebook: Alma María Díez Escribano

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |